

# LOS ÁNGELES DEL INFIERNO

Una extraña y terrible saga



Hunter S. Thompson

A Hunter S. Thompson se le ha llamado el Jean Genet del Nuevo Periodismo: véanlo en este libro rodando y viviendo con los Ángeles del Infierno, los motoristas forajidos que siembran el terror a su paso. Durante una larga temporada Thompson anduvo con ellos y sobrevivió para contarlo: borracheras a tope, drogas a manta, peleas infernales, acoso y paranoia policial y de los lugareños, fiestas al ácido con los Alegres Pillastres de Ken Kesey, encontronazos con los radicales de Berkeley pese a la fallida función mediadora de Allen Ginsberg, que intentó hacerles tomar conciencia política. El método que Hunter S. Thompson utiliza al escribir ha sido llamado «periodismo gonzo», donde el reportero no es un observador inerte sino un participante central. Peligrosamente central en este caso.

*A los amigos que me prestaron dinero y me mantuvieron misericordiosamente desempleado. No hay escritor que pueda funcionar sin ellos. Gracias, de nuevo. H. S. T.*

La idea de este libro vino de Carey McWilliams, director de *The Nation*, que me pidió que escribiera un artículo sobre el extraño fenómeno de las bandas de motoristas. El artículo apareció en *The Nation* en abril de 1965. Las ideas y las sugerencias de Carey dieron al libro una estructura y un enfoque que quizá no hubiese tenido de otro modo.

En mi país estoy en tierra extraña  
sin fuerza ni poder soy poderoso  
bien acogido, y por todos rechazado.  
Digo al nacer el día: «¡Dios os dé buenas  
noches!».  
Tumbado en el suelo, me da miedo caerme.

FRANÇOIS VILLON<sup>[1]</sup>

# A RODAR, CHAVALES

# 1

California, fin de semana del Labor Day... temprano, con niebla del mar aún en las calles, motoristas forajidos con cadenas, gafas de sol y grasientos vaqueros, salen rodando de húmedos garajes, restaurantes nocturnos y míseros cuartuchos de una noche de San Francisco, Hollywood, San Bernardino y Oakland Este, camino de la península de Monterey, al norte de Big Sur... La Amenaza anda suelta otra vez, los Ángeles del Infierno, el titular de cien kilates, rápidos y estruendosos a primera hora de la mañana, agachados en el asiento, sin una sonrisa, se embuten demencialmente entre el tráfico a 140 kilómetros por hora por la raya del centro, librando por centímetros, como Gengis Khan en un caballo de hierro, un monstruoso garañón de ano feroz que atraviesa a velocidad máxima el ojo de una lata de cerveza y sube por la pierna de tu hija arriba sin pedir cuartel ni darlo; que la gente vea lo que es clase, que olfatee una vaharada de esas emociones que no conocerá jamás... Ah, esos tipejos encorbatados, qué placer joderles... Jesusito, el Baldado, George Chocolate, Buitre, Zorro, Hueso de Jamón, Clean Cut, Tiny, Terry el Trampa, Franchute, Marvin el Soso, Madre Miles, Ed el Sucio, Chuck el Pato, Freddy el Gordo, Fil el Asqueroso, Charley el Carguero, el Exhibicionista, Cruce Loco, Soplido, Magoo, Animal y otros cien por lo menos... Tensos para la acción, pelo largo al viento, barbas y pañuelos ondeando, pendientes, sobacos, cadenas, cruces gamadas y Harleys desguarnecidas relum-

brando cromo mientras el tráfico se abre por la 101, nervioso, para dejar que pase la formación como el estallido de una tormenta de polvo...

Se autodenominan Ángeles del Infierno. Corren, violan y arrasan como una caballería de merodeo... y se ufanan de que no hay fuerza policial capaz de deshacer su fraternidad de motoristas delincuentes. —*True, The Man's Magazine* (agosto de 1965).

No son malos chicos, individualmente. Le digo una cosa: prefiero tener en mis manos a un grupo de Ángeles del Infierno que a esos manifestantes de los Derechos Civiles. A la hora de crearnos problemas, son mucho peores los manifestantes. —*Carcelero, prisión de la ciudad de San Francisco*.

Algunos son auténticos animales. Serían animales en cualquier sociedad. Son forajidos que deberían haber nacido hace cien años... y entonces habrían sido pistoleros. —*Birney Jarvis, miembro titular de los Ángeles del Infierno que más tarde se convertiría en cronista policial del San Francisco Chronicle*.

Somos el uno por ciento, amigo... el uno por ciento que no encaja y le da igual. Así que no me hables de facturas del médico ni de las multas de tráfico... En fin, coges la mujer y la moto y el banjo y, bueno, sigues tu camino. Hemos salido a puñetazos de cientos de líos, y seguimos vivos gracias a nuestras botas y a nuestros puños. Somos la aristocracia de los motoristas forajidos, chaval. —*Un Ángel del Infierno, hablando para el registro permanente*.

... La gira había empezado. «Forajidos» de todo el estado rodaban en grupo hacia Monterey. Por el norte, de San Bernardino y Los Ángeles, por la 101. Por el sur, de Sacramento, por la 50. Del sur de Oakland, Hayward y Richmond por

la 17; y de San Francisco, por la autopista de la costa. El núcleo central, la élite forajida, los Ángeles del Infierno... Con la calavera alada en la espalda de sus chaquetas sin manga y las «mamas» tras ellos en los grandes «cerdos rebanados»<sup>[2]</sup>. Rodaban con una arrogancia sucia y elegante, seguros de su reputación como la pandilla de motoristas más abominable de toda la historia de la Cristiandad.

De San Francisco, en formación separada, venían los Gitanos, tres docenas en total, el club de forajidos número dos de California; aunque hambrientos de publicidad y con solo un capítulo, los Gitanos aún podían mirar por encima del hombro a tipos como los Presidentes, las Ratas de Carretera, los Jinetes Enmascarados y los Signos de Interrogación, también de la zona de la Bahía, Gomorra..., con Sodoma a 80 kilómetros al sur en la inmensa olla de grillos de Los Ángeles, tierra natal de los Esclavos de Satán, número tres en la jerarquía forajida, especialistas en el adorno de la moto, aficionados a la carne de perros tiernos, a los cabezales resplandecientes y a las tiernas jovencitas rubias de ojos lobotómicos; los Esclavos eran los de más clase de Los Ángeles, y sus mujeres se aferraban a las espaldas encueradas de aquellos locos comeperros y machacaingles camino del norte, para su fiesta anual con los Ángeles del Infierno, que incluso entonces miraban al «grupo de Los Ángeles» con amistosa condescendencia... cosa que a los Esclavos no les importaba, pues podían descargar con impunidad sobre los otros clubs sureños, los Engañaataúdes, los Jinetes de Hierro, los Patos Galopantes, los Comancheros, los Satanes Perdidos y toda una masa marginal y sin hogar de chancros humanos tan hedionda que ni siquiera los clubs forajidos (del norte o del sur) les aceptarían salvo en una lucha en que una cadena extra o una botella de cerveza más pudiesen significar la diferencia básica.

He dicho una y otra vez que no hay salida posible del estancamiento actual. Si estuviésemos despiertos

del todo, quedaríamos instantáneamente aterrados por los horrores que nos rodean... Tiraríamos nuestras herramientas, dejaríamos nuestros trabajos, renunciaríamos a nuestras obligaciones, no pagaríamos impuestos, no respetaríamos ninguna ley... ¿Cómo podría hacer un hombre o una mujer totalmente despierto las locuras que se esperan hoy de él o de ella cada día? —*Henry Miller, en The World of Sex (1000 ejemplares editados por J. N. H., para «amigos de Henry Miller», 1941).*

La gente tendrá que aprender sencillamente a quitarse de en medio. Machacaremos a todo el que se interponga en nuestro camino. —*Un Ángel del Infierno, hablando con la policía.*

Es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo. —*John Milton, El paraíso perdido.*

La mañana de la gira de Monterey del Labor Day de 1964, Terry el Trampa despertó desnudo y magullado. La noche anterior nueve Diablos le habían pisoteado y golpeado con cadenas a la salida de un bar de Oakland, un club de motoristas rival del este de la Bahía.

—Le había atizado antes a uno de los suyos —explicaba—. Y no les pareció bien. Yo estaba con otros dos Ángeles, pero salieron un poco antes que yo y, en cuanto se fueron, esos cabrones de Diablos se me echaron encima a la salida del bar. Me atizaron de lo lindo, así que pasamos la mitad de la noche buscándoles...

La búsqueda fue inútil, y poco antes de amanecer, Terry volvió a la casita de Scraggs, en San Leandro, donde vivía con su mujer y sus dos hijos. Scraggs, un exboxeador de treinta y tres años, que llegó a pelear con Bobo Olson, era el Ángel más viejo que rodaba entonces, con mujer y dos hijos propios. Sin embargo, cuando Terry bajó de Sacramento aquel verano a buscar un trabajo en la zona de la

Bahía, Scraggs le ofreció cama y mesa. Las dos mujeres se llevaban bien; los chicos se entendieron y Terry encontró un trabajo en una cadena de montaje de una fábrica próxima a la General Motors, lo cual constituye por sí solo un tributo a la flexibilidad humana que quede a nivel de fábrica en el movimiento obrero norteamericano, pues a Terry basta mirarle para darse cuenta de que es absolutamente inempleable, pues parece un cruce de Juan el Zopenco y el Judío Errante.

Mide uno noventa, pesa unos ochenta y cinco kilos, tiene unos brazos inmensos, barba tupida, pelo negro por los hombros y un porte salvaje y farfullante no muy adecuado para serenar el alma de un especialista en personal. Aparte de esto, en sus veintisiete años de vida, ha reunido unos antecedentes penales de mucho cuidado: una multitud de detenciones, desde hurtos a agresiones, violación, narcóticos y cunnilingus público, y todo esto sin una sola condena por delito, y sin que sea oficialmente culpable de nada más que lo que podría hacer cualquier ciudadano fogoso en un instante ebrio o violento de debilidad animal.

—Sí, todos esos papeles son mentira —insiste—. La mayoría de esas acusaciones son falsas. Yo nunca me he considerado un delincuente. No es mi rollo; no soy lo suficientemente codicioso. Todo lo que yo hago es natural, porque necesito hacerlo.

Y luego, al cabo de un momento:

—Pero supongo que estoy abusando de mi suerte, aunque no sea un delincuente. Me engancharán muy pronto por una de esas mierdas y entonces, adiós, Terry, por un buen montón de años. Creo que va siendo hora ya de que me largue, de que me vaya al este, quizá a Nueva York, o a Australia. Yo tuve, en tiempos, carnet del sindicato de actores, sabes, viví en Hollywood. Qué coño, yo soy capaz de salir adelante en cualquier sitio, aunque sea un golfo.

Otro sábado cualquiera, podría haber dormido hasta las dos o las tres de la tarde, y salir luego otra vez con una do-

cena o así de camaradas a buscar a los Diablos para hacerles papilla. Pero la gira del Labor Day es el acontecimiento más importante del calendario de los Ángeles del Infierno; es la asamblea anual de todo el clan de forajidos, una borrachera multitudinaria de tres días que casi siempre acaba en algún lío salvaje a puñetazo limpio y en otra terrible conmoción para la gente honrada. Ningún Ángel se lo perdería por ninguna razón, salvo la cárcel o una herida inmovilizadora. La gira del Labor Day es la respuesta de los forajidos al día de Nochevieja; es el momento de compartir la jarra de vino, de aporrear a viejos camaradas, de joder al azar y de la locura completa con uniforme de gala. Según el tiempo y el número de conferencias que se hayan puesto la semana antes, aparecerán de doscientos a mil forajidos, la mitad ya borrachos cuando llegan allí.

A las nueve en punto de esa mañana, tanto Terry como Scraggs estaban de pie. La venganza de los Diablos podía esperar. Hoy, la gira. Terry encendió un cigarrillo, examinó los cardenales y las magulladuras de su cuerpo y luego se embutió unos costosos vaqueros, unas pesadas botas negras, sin ropa interior de ningún tipo, y luego una camiseta roja de manga corta que olía a vino rancio y a grasa humana. Scraggs bebió una cerveza mientras su mujer calentaba agua para hacer café instantáneo. A los niños les habían dejado la noche antes con unos parientes. Afuera el sol calentaba bastante. Al otro lado de la bahía, San Francisco estaba aún cubierto por una niebla perezosa que se resistía a levantarse. Las motos estaban aprovisionadas y limpias. Solo faltaba reunir el dinero suelto o la marihuana que pudiese haber por allí, atar los sacos de dormir a las motos y ponerse los infames «colores».

Los importantísimos colores, el uniforme, como si dijéramos, la señal crucial de identidad. Que el fiscal general de California ha descrito, con considerable exactitud, en un documento oficial, confuso pero muy citado, al que tituló «Los clubs motoristas de Ángeles del Infierno».

El emblema de los Ángeles del Infierno, denominado «colores», consiste en una pieza bordada de un cráneo alado que lleva un casco de motorista. Justo debajo del ala del emblema están las letras «MC». Sobre esto hay una banda con las palabras «Ángeles del Infierno». Bajo el emblema hay otra pieza con el nombre del capítulo local, que suele ser una abreviatura de la ciudad o localidad. Estas piezas van cosidas a la espalda de una chaqueta de dril, normalmente sin mangas. Se ha comprobado, además, que los miembros llevan diversos tipos de insignias de la Luftwaffe y reproducciones de Cruces de Hierro alemanas. Muchos se dejan barba y suelen llevar el pelo largo y descuidado. Algunos llevan un solo pendiente en un lóbulo agujereado. Se ha comprobado también que llevan con frecuencia cinturones que consisten en un trozo de cadena de moto pulimentada que pueden sacar y utilizar a modo de cachiporra flexible.

Los Ángeles del Infierno parecen tener preferencia por las motos grandes y resistentes de fabricación norteamericana [Harley-Davidson]. Los miembros del club suelen utilizar un alias, al que denominan su nombre «legal», y se inscriben con ese nombre en los archivos del club. Algunos clubs exigen que los iniciados se hagan tatuajes, cuyo coste va incluido en la cuota de iniciación. El denominador común más universal para la identificación de los Ángeles del Infierno quizá sea su estado general de suciedad. Los funcionarios de investigación informan con insistencia de que estos individuos, tanto los pertenecientes al club como sus compañeras, parecen necesitar manifiestamente un baño. Las huellas dactilares son un medio muy eficaz de identificación por-

que un elevado porcentaje de Ángeles del Infierno tiene antecedentes penales...

Algunos miembros de los Ángeles del Infierno, así como los de otros clubs de motoristas «de mala fama», pertenecen a lo que supuestamente constituye una élite denominada «los uno por ciento», que se reúne mensualmente en varios lugares de California. Los clubs locales de Ángeles del Infierno suelen reunirse una vez por semana... Desconocemos, de momento, las condiciones de ingreso y los requisitos exigidos para llevar el distintivo «uno por ciento»... Otro distintivo que llevan algunos Ángeles del Infierno es un número «13». Representa, al parecer, la letra número trece del alfabeto, «M», que, a su vez, quiere decir marihuana e indica que el sujeto la consume.

Esta compacta descripción de la chusma repugnante y delincuente es correcta en líneas generales, salvada la memez del «uno por ciento». Todos los Ángeles llevan este distintivo, lo mismo que la mayoría de los restantes forajidos, y lo único que significa es que están orgullosos de formar parte de ese supuesto uno por ciento de motoristas a quienes se niega a admitir la American Motorcycle Association. La AMA es la rama deportiva de la Motorcycle, Scooter and Allied Trades Association, un grupo de presión del mundo de la moto en rápido crecimiento, que pretende desesperadamente crearse una imagen respetable... imagen para la que los Ángeles del Infierno constituyen una amenaza constante.

—Les condenamos —dice un directivo de la AMA—. Habría que condenarles si montasen caballos, mulas, tablas deslizantes, bicicletas o tablas de patinaje. Han elegido las motos, por desgracia.

La AMA dice representar a todos los motoristas decentes, pero sus más o menos cincuenta mil miembros conducen menos del cincuenta por ciento del millón quinientas mil motos matriculadas en Estados Unidos en 1965. Como comentaba una de las revistas del ramo, eso deja a un montón de forajidos sin contabilizar.

Terry y Scraggs salieron de la casa hacia las diez, recorriendo tranquilamente el trayecto de dos kilómetros cruzando el centro urbano de Oakland, sin meter mucho ruido, conscientes de las miradas de los automovilistas con que se cruzaban y de la gente de la calle, respetando las señales de parada y los límites de velocidad, y acelerando luego bruscamente a media manzana de la casa de Tommy, vicepresidente del capítulo local, donde esperaban los otros. Tommy vivía en Oakland Este, en una tranquila calle residencial en decadencia, un barrio viejo de casas pequeñas, blancas en otros tiempos, muy próximas una a otra, con pequeños solares y ralos pradillos delanteros gastados por generaciones de repartidores del *Oakland Tribune*. Aquella mañana de fiesta, los vecinos habían salido a los porches de las casas o estaban asomados a las ventanas de sus cuartos de estar, contemplando el espectáculo sobrecogedor que empezaba a formarse. Hacia las once, había allí unos treinta Ángeles del Infierno, medio bloqueando la estrecha calle, gritando, bebiendo cerveza, echándose tinte verde en las barbas, acelerando las motos, ajustando el atuendo y aporreándose unos a otros para ponerse en forma. Las chicas permanecían tranquilamente en grupo, con pantalones ajustados, pañuelos y blusas sin mangas, o jerseys, botas y gafas oscuras, sostenes puntiagudos, los labios pintados con colores chillones y la tensa expresión de almas semiinteligentes convertidas en irritables e inquietas a base de demasiada amarga sabiduría en demasiados pocos años. Las chicas, lo mismo que los Ángeles, tenían, la mayoría, veintitantos... aunque algunas eran claramente

adolescentes, y unas cuantas putas envejecidas en busca de un fin de semana saludable al aire libre.

En cualquier reunión de Ángeles del Infierno, de cinco individuos a quizá ciento cincuenta, no hay duda alguna de quién dirige el asunto: Ralph «Sonny» Barger, el Caudillo Supremo, un almacenista de Oakland Este, de uno ochenta de estatura y unos sesenta y ocho kilos de peso, el tipo de más temple del grupo, y un negociador listo y vivo en caso de lío. Es, alternativamente, un fanático, un filósofo, un inteligente conciliador y el árbitro definitivo. Para los Ángeles de Oakland, él es Ralph. Todos los demás le llaman Sonny... aunque cuando hay follón y la cosa se dispara, responde a nombres como Prez, Papá y Daddy. Nadie discute la palabra de Barger, aunque muchos otros podrían liquidarle en dos minutos en caso de pelea. Pero nunca pasa. Es raro que levante la voz, salvo en un follón con extraños. Cualquier discrepancia en el grupo, se resuelve tranquilamente en las reuniones habituales del sábado por la noche, o los disidentes simplemente se esfuman y cambian de vida para no volver a cruzarse nunca en el camino de un grupo de Ángeles.

Si la reunión en casa de Tommy resultaba un poco desorganizada, era porque Sonny estaba cumpliendo condena en el centro de rehabilitación de Santa Rita por posesión de marihuana. Con Sonny en la cárcel, los demás procuraban mantener el lío reducido a un mínimo; aunque Tommy, a su modo tranquilo y desconectado, dirigía el asunto bastante bien. Tenía veintiséis años, uno menos que Barger, era rubio, iba meticulosamente afeitado y tenía mujer y dos hijos y ganaba ciento ochenta dólares a la semana trabajando en la construcción. Sabía que solo estaba reemplazando a Papá, pero sabía también que los Ángeles de Oakland debían mostrar patentemente que eran fuertes e implacables en la gira del Labor Day. De no ser así, la dirección espiritual volvería de nuevo al sur de California, al capítulo de San Bernardino (o Berdoo), los padres fundadores, como si